

# Modelos lingüísticos en contienda: hacia un nuevo 98

**Marlen Domínguez**

*Profesora. Universidad de La Habana.*

Si en un aspecto tenemos consenso españoles e hispanoamericanos, es en la importancia que concedemos a 1898 como una fecha límite, indicativa de virajes y nuevos derroteros. Como veremos, también 1898 es un punto de reflexión y cambio en cuanto a la lengua, los modelos que se le trazan en su progreso, y los ideales al respecto.

La organización colonial, en el período de su dominación en América, había comprendido como uno de los actos de su política —luego de un período inicial en que se toleraron las lenguas indígenas (Carlos V y Felipe II)— la exclusión total de ellas bajo Carlos III. No escapó a la percepción de la corona española el papel de la lengua como elemento de consolidación de su dominio que, de no ser atendido convenientemente, se transformaría en su contrario.

En contraposición, el proceso de la independencia significó en América, al tiempo que un incremento del mestizaje lingüístico, cierto abandono de la tendencia casticista. De este modo, se conciliaba un tanto la enorme diferencia que se apreciaba en los caminos de la lengua hablada y la escrita.<sup>1</sup>

También el proceso emancipador produjo en América Latina, alrededor de 1826, una reacción antiespañola que tuvo como escenario, esencialmente, los medios de prensa —*Miscelánea*, de Bogotá; *Gaceta Mercantil*, *El País* y *La Nación*, de Buenos Aires; *La Tribuna*, de México—, que sin dudas amplificaron el conflicto.

Una serie de figuras no muy sobresalientes en estudios de lengua,<sup>2</sup> algunas sin especialización en este ámbito, promovieron como legítima la idea de la formación de idiomas independientes en cada una de las naciones sustraídas al poder de España, como destino inexorable que se fijaba, como un armagedón, a la vuelta de dos o tres siglos como máximo. A la altura de 1917, estas tendencias se consideraban, en lo esencial, agotadas.<sup>3</sup>

El enorme peso del modelo de la lengua escrita española siguió operando continuamente sobre los criollos, y comenzaron a formarse en América Academias de la Lengua, como la mexicana (1835), con la misión de «restituir toda la pureza y esplendor a la lengua que heredamos de nuestros mayores»,<sup>4</sup> dada una supuesta «decadencia» motivada por la influencia

de los diferentes estratos sociales, las malas traducciones, y la falta de «obras clásicas y originales producida por la incomunicación en que hemos estado con España».<sup>5</sup>

Nos cuenta Gastón Carrillo<sup>6</sup> que las obras criollistas, aunque presentaban variantes lingüísticas dialectales, populares o mestizas, tenían buen cuidado de diferenciar estas de la lengua del autor o narrador, cuidadosa y hasta excesivamente castiza.

Sin embargo, la lengua va siendo utilizada en la contienda política. En Cuba, por ejemplo, se identificaba todo intento de reforma ortográfica con la falta de adhesión a España; en la Colombia del XIX, los conservadores usaban y defendían la *y*, mientras los liberales eran partidarios de la *i* latina;<sup>7</sup> y en 1875 los mexicanos se quejaban de las reticencias de las academias (francesa, española) al considerar la inclusión de neologismos en sus diccionarios cuando hasta «los perros de la calle los ladran en todos los tonos».

Los excesos que se estuvieron produciendo en cuanto a la necesidad de diferenciación lingüística entre Hispanoamérica y España movieron la preocupación del gran venezolano Andrés Bello (1781-1865), quien sostuvo, a este respecto, una famosísima polémica con Domingo Faustino Sarmiento en 1842,<sup>8</sup> y quien sumó a su inmensa contribución cultural, pedagógica y lingüística, el intento de normar como medida de corrección el habla de la gente educada de América, del que resultó su *Gramática castellana* (1847), dedicada al uso de los americanos y a conjurar el peligro de escisión que la situación política hacía prever.

Su criterio sobre la necesidad de mantener la unidad de la lengua no significó que no fuera consciente de la diferencia y la legitimidad de la variante americana, que destacó cuanto pudo. Entre sus actos de insubordinación, estuvo también la reforma ortográfica más inteligente y mesurada con que ha contado el mundo hispánico.<sup>9</sup>

También Miguel Antonio Caro (1843-1909) se pronuncia sobre el problema del nacionalismo lingüístico y la legitimidad del modelo español de lengua.<sup>10</sup> Caro creía en una especie de «determinismo genético» que reduciría irremediamente a dialectos, en el sentido peyorativo del término, los intentos de nacionalización. Concilió entonces la defensa del aporte neológico que traía consigo la nueva visión americana del mundo, con la fundación de una Academia Colombiana de la Lengua (1872) que estudiara sobre todo el proceso de aclimatación de la lengua española en el país y la búsqueda de la gramática normativa que redujera la influencia de lo inculto, lo regional y lo jergal. Junto a interesantes estudios de habla oral, Caro tomó la causa perdida de la defensa de la inconsecuente ortografía académica y de la pronunciación de la *z* y la *ll*. Así puso en primer plano una cuestión que sería

muy controvertida: el peso de las clases y grupos humanos menos favorecidos en la formación de la lengua.

Rufino José Cuervo (1844-1911), una de las más grandes figuras americanas en cuanto al conocimiento de las corrientes lingüísticas europeas de su momento, y a la descripción de la variante bogotana, se presenta como paladín de la exclusividad de la norma castellana: «la necesidad nos forzaría a tomar por dechado de nuestra lengua a la de Castilla, donde nació»,<sup>11</sup> de manera que trataba de encauzar la contribución de cada pueblo de América a lograr la uniformidad de la lengua. Tal esfuerzo equivalía, en su concepto, a «avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo».<sup>12</sup> Consecuentemente con este modo de ver integrista, Cuervo no era partidario de la producción de gramáticas y diccionarios americanos.

Estas posturas encontradas tuvieron largo asiento en la América del siglo XIX, no solo en relación con España, sino también en lo interno de nuestros países, como es, por citar un ejemplo, el caso de la polémica entre los mexicanos Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) —que siguiendo la línea sarmentina defendía la necesidad de encontrar un Hidalgo respecto al lenguaje y la incorporación al caudal léxico de los vocablos indoamericanos— y Francisco Pimentel (1832-1893) quien, al modo de Bello, temía la proliferación de jergas, dialectos e incorrecciones, consideraba muertas las lenguas indígenas y juzgaba oportuno conservar la pureza académica de la lengua.<sup>13</sup> En puridad, estas corrientes, solo circunstancialmente opuestas, se conciliarían después en la vida de la lengua. A grandes rasgos esbozada, tal es la situación que encontramos en cuanto al tema que nos ocupa, de mediados a finales del siglo XIX.

Pero el año 1898 es un momento trascendental: España ha perdido por completo a América. La intelectualidad española reacciona encaminándose hacia la búsqueda de una renovación.<sup>14</sup> Al abordar la cuestión lingüística en los escritores más relevantes del 98, vemos presentarse, en un sentido o en otro, esa misma inquietud de renuevo. Así encontramos un Azorín, que rechaza los miedos puristas y da carta de legitimidad a supuestos galicismos o vulgarismos. En este proceso, el criterio de medida es, o bien el análisis etimológico, o bien el grado de socialización de los vocablos; y en otro sentido, lo que llama la «vida», es decir, la fuerza del contenido, la dinámica del ritmo, la credibilidad que se sea capaz de infundir a una estructura bien concebida. En otro orden de cosas, en la lengua española Azorín es, como se sabe, una figura antológica en cuanto a la novedad de su estructuración oracional.

**Es evidente que modernismo y 98 significaron una misma época, signada por la renovación, por la búsqueda de una auténtica fisonomía propia. Por haber recogido a un tiempo el legado hispánico y la revolución tanto formal como conceptual de su momento, el modelo de la lengua literaria manó, por una vez, de América, en la obra de José Martí.**

Más poéticas y sustanciadas son las reflexiones de Valle Inclán, que atiende al origen popular y agrícola de la lengua, que nunca abandona. Valle Inclán se preocupa, precisamente, por la pérdida de los valores propios que se va apreciando en la composición esperpéntica de la lengua: «baja contaminación; francés mundano, inglés de circo y español de jácara. El romance severo, altivo, grave, sentencioso, sonoro no está ni en el labio ni en el corazón de donde fluyen las leyes».<sup>15</sup>

Cada pueblo está en su lengua, nos dice Valle Inclán; ella refleja la historia, pero, sobre todo, debería dejar ver los caminos por donde se avanza al futuro. En otras palabras, la lengua es gestora de pensamiento, pero en la española no se aprecia que se esté incubando la conciencia renovadora de que precisan los tiempos. Imbuido de esta creencia, alerta a los pueblos románicos:

Tristes vosotros, hijos de la Loba Latina en la ribera de tantos mares, si vuestras liras no quebrantan todas las cadenas con que os aprisiona la tradición del habla. ¡Y más triste el destino de vuestros nietos, si en lo porvenir no engendran dialectos suyos, ciclos de una nueva conciencia en la lengua de los conquistadores!<sup>16</sup>

¿Convocaba Valle al combate, igual que los argentinos y los chilenos, por diferenciar nuevas lenguas ajenas a partir del tronco español? Creemos que no. Preocupado por el estancamiento de la lengua española, por el modelo inamovible que habían fijado en ella los siglos de oro, no ve manifestarse —salvo intentos aislados— la voz de la «conciencia colectiva» que la lengua debería ser. No puede servir, por tanto, de modelo para las nuevas naciones, ni para sí misma: «Nuestra habla, en lo que más tiene de voz y de sentimiento nacional, encierra una concepción del mundo, vieja de tres siglos».<sup>17</sup>

La imitación de ajenos modelos latinos o franceses silenció la expresión española, y Valle llama —ya que terminó la era del invasor y el colonizador— a crear una lengua nacional ajustada a su función expresiva interna. Fue él quien comentó aquello de que en español nadie había dicho «lo suyo». Sobre tal afirmación volveremos.

Pío Baroja se rinde ante la evidencia del peso del castellano como lengua de la administración, oficial,

con la fuerza de la escuela, y lo que eso significa en cuanto a constreñir las variantes regionales, de lo que no escapa América: «Hay que aceptar el hecho consumado, y el hecho consumado es que nuestro idioma de cultura es el castellano, que a poco empieza a dejar de ser castellano para ser español».<sup>18</sup>

Preconiza, entonces, «la invención», la creación en lengua, que por la índole de los tiempos se expandirá como pólvora y se convertirá en «honor», pues llevará nuestra expresión a otros. Para esa renovación, cree Baroja, los modelos estarían mejor en las naciones modernas de Francia, Inglaterra y Alemania. Pone en duda, como harán otros, la comprensión de la Academia sobre estas cuestiones: «Es posible que no lo crean así las momias que forman parte de las academias de Limpia, Fija y da Esplendor, pero el hecho comprobado es ese».<sup>19</sup>

Con especial detenimiento debemos hablar de Miguel de Unamuno, por ser la figura de la generación del 98 que con más atención se dedicó a la lengua, y desde quien se puede pasar más directamente al análisis de nuestro modernismo.

Cuando Unamuno analiza la lengua, le ve pecado de anquilosis, que le viene de la concepción de estatismo y no de perpetuo hacerse que le ven muchos. A diferencia de otros autores, defiende como modelo lo popular, convencido de que «ha de estimarse el genuino instinto lingüístico del pueblo».<sup>20</sup> En consecuencia, limita el valor que puedan tener en su desarrollo gramáticas y academias, y el peso de la lengua literaria: «Dejemos a la Academia con su lema “limpia, fija y da esplendor”. La vida es otra cosa».<sup>21</sup>

En este último aspecto, el consenso generacional es abrumador: Blasco Ibáñez rechazaba la Academia por su incursión en la política, y Unamuno por considerar un absurdo el legislar o regular sobre la vida de la lengua. De manera que la norma «oficial o académica» sería una forma artificial destinada solo para usos determinados.

Para Unamuno, tampoco sería completamente conveniente proponer el canon de la lengua escrita, dada la separación creciente que se ha ido produciendo con la hablada: «No serían muchos, de seguro, los que se hayan fijado en que nadie dice *las rosas*, v. gr. y en que

pronunciamos un *balientes*,<sup>22</sup> lo cual lo hace valorar también la lengua escrita como un «dialecto especial». Como luego harán los estudiosos actuales, se rebela contra la «nueva Inquisición» que excomulga a quienes no conocen o no respetan los dictados de la cultura oficial.

Renovación, dice Unamuno, no puede ser retorcimiento ni pedantería, ni buscar modelos latinos, ni franceses, italianos o ingleses, sino beber en el «perenne manadero del pueblo».<sup>23</sup> De otro lado, el populismo también es afectación, como querer poner *raudo*, por su origen vulgar, donde hace siglos todos están diciendo *rápido*.

Un objetivo de profunda atención en Unamuno es la materialización de su ideal de hispanidad, que se conseguiría, en parte fundamental, a través de la unidad de la lengua, toda vez que en ella se encuentra sedimentado el «pensar del pueblo», su «espíritu colectivo».

Para lograr esta expansión habría que rebasar el núcleo germinal castellano y proceder a la selección natural de entre las más variadas formas y procedencias, y modernizar lo obtenido con lo más sólido de lo nuevo europeo, todo lo cual sería cuestión de esencia porque «revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse; sin ella, la revolución de las ideas no es más que aparente. No caben, en punto a lenguaje, vinos nuevos en viejos odres».<sup>24</sup>

Tal empeño empezaría por el desarrollo interno de la lengua dentro de la Península, en cuyo pueblo se halla la fuente de la originalidad; y supondría, de suyo, el rechazo a la voluntad de monopolio lingüístico castellano o español. Es decir, Unamuno niega lo que llama el «cacicato lingüístico», al tiempo que reconoce la legitimidad del proceso de diferenciación regional, la posibilidad de aporte desde todas las comunidades que emplean la lengua, en un proceso de toma y daca, y la fuerza de la comunidad hispánica para mantener la unidad de la lengua. Consecuentemente, tilda de «peregrinas y fantásticas» las ideas de aquellos «americanos que sueñan con no sé qué lenguas nacionales desprendidas de la raíz española».<sup>25</sup> Sin embargo, Unamuno ha retomado varias veces el concepto nebricense de imperialismo, y al afirmar «lo definitivo de la hegemonía de la lengua castellana, hoy española»;<sup>26</sup> la superioridad lingüística de unos pueblos respecto a otros;<sup>27</sup> y el rechazo del cultivo de lo diferencial, contradice su propio aserto de que «para la lengua no hay metrópoli ni madre patria; es por igual de todos los que la hablan».<sup>28</sup>

«La sangre de mi espíritu es mi lengua —dice Unamuno en un poema —y mi patria es allí donde resuene poderoso su verbo». De algún modo, se niega autenticidad e independencia a lo hispanoamericano *per*

*se*, por su distinta conformación de origen, de composición —especialmente después de la independencia—, cuando se dice: «sean cuales fueren los cruces de razas, sea cual fuere la sangre material que a la primitiva se mezcla, mientras un pueblo hable español, pensará y sentirá en español también».<sup>29</sup>

De cualquier modo, la clave del desarrollo lingüístico estaba, para Unamuno, en el estudio, y lo aborda con el mismo aliento que José Martí: «Cátedras de filología en nuestro idioma sí que debía haber para que nos curásemos de todas esas simplezas del *ocuparse en, inadvertido* por desapercibido, *gallardías* y *arrestos* y *marrar* y *empecer*, y todas esas palabritas y expresiones que de cuando en cuando se ponen de moda».<sup>30</sup>

Otra cuestión en la que Unamuno nos sirve como punto de giro es su aproximación al modernismo. Como ya hemos recordado, el proceso de independencia hispanoamericano había ido cristalizando en una diferenciación efectiva del habla coloquial respecto a la lengua escrita, y en programas de independencia lingüística. El modernismo también participa de este espíritu y se alza como una ruptura del camino trillado, del modelo purista de la lengua oficial.<sup>31</sup>

En una etapa de su vida, Unamuno les niega autenticidad: si se define *moderno* como «lo viviente, lo actual, lo presente»,<sup>32</sup> los modernistas, con su aliento afrancesado, su excesivo trabajo formal, sus cánones de perfección —no menos estrechos que los tradicionales— no podrían ser modernos. Sin embargo, estudiándolo luego a profundidad, verá en el modernismo su raigal casticismo y una voluntad de renovación, de libertad, coincidente en mucho con la suya propia.<sup>33</sup>

Según Reula, la nueva lengua literaria, que escapa a lo viejo y anquilosado, que cultiva a un tiempo el desarrollo de la mente y la preocupación estilística consciente, que agrupa en un mismo ideal modernismo y 98, se obtiene por la fusión de Unamuno y Darío. El modelo estaría a caballo entre los dos lados del Atlántico. Sin embargo, antes de llegar a una conclusión como esa habría que estudiar las ideas de un hombre del 98 que murió en el 95, de un modernista que creció por encima de las limitaciones de esa corriente: José Martí.

Su trabajo con la lengua busca sencillez y esencia, autoctonía y trascendencia. Por ello considera en mucho el aporte de América a la lengua común, lo que América pone en la lengua: «Reflejo de nuestro carácter autóctono, de nuestro clima y abundancia, de nuestra educación mezclada, de nuestro cosmopolitismo literario [...] de nuestro amor natural, como reflejo de nuestra naturaleza, a la abundancia, lujo y hermosura».<sup>34</sup> Pero no se le escapa la manera de conciliar la alteza de la herencia recibida, a la que rinde tributo, con el nuevo

acento propio: «Es tan rico el castellano, y tan varias sus fuentes, y tan varios sus modos de derivar y acomodar, que puede serse a la vez un gran innovador y un gran hablante». <sup>35</sup> Por eso no tiene a menos buscar los modelos en la lengua literaria de los mejores escritores, la precisión en la etimología, la sencillez en el aporte del pueblo, la concisión donde esté: en el arcaísmo, el neologismo o el préstamo: «beber la lengua en sus fuentes, y no en preceptistas autócratas ni en diccionarios presuntuosos». <sup>36</sup>

En la lengua, Martí aboga ciertamente por la independencia. Pero independencia en lengua quiere decir expresar la realidad concreta con la palabra justa, y lo ideal a través de lo real. A la conformación de la lengua acude la calidad de lo que se dice y la belleza de lo formal. En un revolucionario íntegro como él, llama aún más la atención la mesura y ponderación de sus credos modeladores; porque, precisamente a la luz de la guerra de Cuba, el enfrentamiento a España desde Hispanoamérica se hace más manifiesto y se agudiza también en el terreno lingüístico.

Con la intervención norteamericana se produce una revaloración de la herencia hispánica. Por ejemplo, en la primera mitad de este siglo se reasume la ortografía académica allí donde se había aplicado la reforma, y España vuelve por sus fueros; aunque, roto el equilibrio anterior, nunca recuperará por completo sus posesiones lingüísticas.

Tomemos un ejemplo de excepción: en 1899, el erudito cubano Nicolás Heredia (1859-1901), al presentar su tesis de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana, eligió como aspecto a tratar «El idioma como exponente de las nacionalidades». Ya aquí entra en el juego de los modelos un tercer elemento dentro del panorama lingüístico de Cuba, y se destaca la influencia de este factor como elemento de política. La importancia de la lengua ha sido siempre capital para Heredia, pero «revístela mayor en esta hora decisiva en que nuestro pueblo, suspensivo o *vacilante*, *temeroso* o *desconfiado* ante una grave *incógnita*, necesita mover con toda *urgencia* los elementos de *defensa* que la historia y la naturaleza ponen en sus manos». <sup>37</sup>

Haciendo balance, Heredia distingue la forma del contenido, y juzga que si bien en cuanto a la primera se han seguido los modelos españoles, en cuanto al segundo se ha sido muy original. La literatura ha ido de consuno con la política en la historia del separatismo cubano, y el momento reclama perpetuar ese consorcio «como principio de defensa contra todo intento de posibles absorciones». <sup>38</sup>

Como la literatura se fundamenta en la lengua, de ahí se colige el papel de esta en la identificación de las naciones, como uno de sus rasgos definitorios. Analiza la pequeña población y territorio de Cuba y, en esas circunstancias, se pregunta si alcanzará el idioma a ser

«elemento de defensa para un país privado de fuerza y de poder, en la cantidad desmesurada que hoy se pide, a fin de prevenir el conjunto de peligros que extrañas ambiciones le deparen». <sup>39</sup>

Cree Heredia en la utilidad de conservar el idioma, lo que no obliga a anacronismos ni purismos; y sitúa un lugar para la propia América como modelo proyectivo: «el porvenir de nuestro idioma está en América», <sup>40</sup> donde se fortalece por la influencia de las lenguas indoamericanas.

En la hora de la urgencia frente a la intervención de los Estados Unidos, bajo el escudo protector de la lengua que también nos pertenece, Heredia, sin embargo, continúa rechazando la hegemonía española: «la decrepitud de una nación no contagia a su prole colocada en otro medio y en situación más ventajosa». <sup>41</sup>

El trabajo de Heredia nos muestra la vía por donde discurren las principales inquietudes lingüísticas de sus días. Los temores que abrigaba pasarían a ser duras realidades a lo largo de las primeras décadas de este siglo, en que penetra cada vez más el modelo de supuesta eficiencia lingüística del inglés —con sus escasos valores temporales y su expresión directa— en numerosísimos préstamos léxicos, en construcciones como las del gerundio y la voz pasiva.

En contraposición, continuó el rescate de la «estirpe» hispánica. Hay una revaloración de esa herencia <sup>42</sup> hacia lo externo frente a la injerencia yanqui, y hacia lo interno como voluntad de afirmación de una cierta aristocracia lingüística, opuesta a la corrosión de lo vulgar y marginal, con cuyo ropaje entra también a veces lo popular y lo regional.

América no debía ser absorbida por la influencia de los grandes centros de poder (europeos o estadounidenses), y en la construcción de ese dique participaba la lengua española, porque había sido, además de la lengua del colonizador, aquella en la que se había forjado la independencia, y porque había recibido la transformación aportada por el indio, y por la aclimatación del tronco hispánico a los nuevos enclaves americanos.

La contradicción que se afirma en primer plano es con los Estados Unidos:

En nuestras repúblicas hijas de un sueño, el idioma es la forma exterior de una vida espiritual distinta de la que alientan los americanos del Norte. El idioma es una cuestión de vida o muerte. Mantenerlo y transmitirlo prenda será y blasón de nuestra individualidad. <sup>43</sup>

Como antes, como siempre, se rechazaba el purismo de la tiranía académica, pero a veces las proposiciones de «mocetones, palurdos y zagales» lograban imponerse y eliminar regionalismos sólidos, fecundas voces populares, la frescura de lo propio y lo espontáneo. La lengua española en América podía y debía nutrirse con

sus voces propias, con la resemantización de vocablos hispánicos, con préstamos, con palabras técnicas de uso común en todo el mundo, en un curso a la vez común y diferente.

Sin embargo, aquella idea de imperialismo lingüístico que veíamos correr de Nebrija a Unamuno no deja de manifestarse. Por ejemplo, en la década del 30 los rioplatenses se disputan con los madrileños la primacía en esa expansión imperial, y luego se teme y se propone, a un tiempo, esta cuestión: «Existe el *imperialismo* del idioma [...] Hagamos inexpugnables las fortalezas de nuestras fronteras lingüísticas, y si es posible, seamos también imperialistas con el habla».<sup>44</sup>

De otro lado, como América ha ido perfeccionando su fisonomía, sus hombres de letras van encontrando hacia adentro sus propios modelos literarios: Bello, Montalvo, Sarmiento, Martí, Rodó, Darío.

Si Unamuno resumía, del otro lado del Atlántico, lo esencial de las posiciones en cuanto a ideal de lengua y modelos lingüísticos; de este lado podría servir de consenso y resumen, entre los más adelantados de la época, la figura de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946). Cuando escribió un libro del idioma, tomó la gramática de la Academia como base, por considerar que no existía en su momento otro medio de lograr «uniformidad en la nomenclatura y en la doctrina».<sup>45</sup> Propuso la naturalidad como canon, y vio, en asombrosa síntesis, que Martí, Casal, Heredia, de la Cruz —todos cubanos—, como Montalvo y Hostos y los modernistas, eran «encauzadores de *una renovación del lenguaje y estilo castellanos*»;<sup>46</sup> es decir, no vio la novedad como renuncia, sino como mejoramiento y cambio.

Se trataba de procesos de nacionalización de sustrato revolucionario, mientras que en lo general continuaba el predominio de la tradición española. Especialmente en Cuba, ve Henríquez Ureña —acaso por la frustración de la independencia— la pérdida del modernismo, de la pauta joven americana; y mientras en la propia España se advierten cauces de flexibilidad, en la lengua literaria de la Isla encuentra el modelo tradicional castellano «frío, falto de color».<sup>47</sup> En general, hace balance de tendencias: antes de la independencia solo se revolucionaba el contenido y se mantenía lo clásico en la forma; luego se rindió culto a la espontaneidad. El modernismo «toma sus ejemplos en Europa, pero piensa en América».<sup>48</sup> Como facciones contendientes señala a los europeizantes (franceses en molde y estilo, españoles gramáticos); a los criollos, cuya búsqueda nacionalista puede llevarse a extremos ridículos y castrantes; a los de visión más ecuménica que consideraron que «la expresión y el espíritu nacional solo podían alcanzarse a través de fórmulas internacionales».<sup>49</sup> El eventual estatismo puede extenderse también a los patrones de la enseñanza: «no enseñamos todavía, en el siglo de la

lingüística, gramática de Dionisio de Tracia? Es como si enseñáramos todavía física según Aristóteles o geografía según Estrabón».<sup>50</sup>

Para nosotros, americanos, Henríquez Ureña se plantea la disyuntiva de si es posible lograr la defensa de la identidad por la lengua, cuando solo contamos con un idioma «prestado y compartido». No será el trabajo con las lenguas indígenas, sin difusión ni capacidad expansiva, lo que nos dará ese recurso. Tampoco la ilusión de idiomas criollos diferenciados — «grave temor de unos y esperanza loca de otros»<sup>51</sup> —, pues serían productos entecos por lo exiguo del elemento dialectal aislado y por la falta de suficientes modelos literarios propios, y de gran altura, en los que América pudiera encontrar su genuina expresión lingüística.

Se trataba entonces de subvertir desde dentro, en la originalidad del espíritu que se trueca en lengua, en el trabajo hondo de la expresión. Esto garantizaría su valor identitario, porque «cada idioma es una cristalización de modos de pensar y sentir, y cuanto en él se escribe se baña con el color de su cristal».<sup>52</sup> Si esto era válido para España, también lo sería para América, que así aseguraría un futuro en el cual «no tendremos por qué temer al sello ajeno del idioma en que escribimos, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español».<sup>53</sup>

A la hispanidad se estaba oponiendo la hispanoamericanidad, y con el tiempo se irían acumulando argumentos objetivos de porcentaje demográfico y relevancia económica que, supuestamente, desbalancearían en el futuro el equilibrio de las dos orillas en cuanto a su peso en la evolución y desarrollo de la lengua común.

Como hemos visto, 1898 no significó, en el caso de Cuba, una verdadera independencia: ni en lo político, ni en lo lingüístico. En este último caso, sin embargo, el modelo español —a veces más ortodoxo, a veces más omnicompreensivo— no dejó de operar nunca, e incluso sirvió muchas veces como defensa frente a la invasión del inglés.

Diferentes posturas normativas hemos encontrado en los hombres del 98. Se propone como excelencia la lengua escrita, la lengua literaria de ciertos autores o épocas; se discute el peso regional de Castilla o España o Hispanoamérica, y la atención que se debe o no a las lenguas indígenas o las formas populares.

Otro aspecto colateralmente controvertido es el papel del individuo o del colectivo en cuanto al desarrollo de la lengua; incluso Unamuno, que propuso como fuente de la lengua, con bellísima palabra primigenia, el «manadero» del pueblo, afirmó, de otra parte, que no había creación en lo colectivo, de donde solo podía salir imitación.

Los más de los hombres del 98 se opusieron a los excesos o las manquedades de la Academia, aunque seguramente todos vieron, en algún momento, la utilidad de esta institución, por el peso de su prestigio, en el mantenimiento de lazos que, perdidos en otras direcciones, habrían sido más difíciles de conservar sin ella.

Librarse del coloniaje lingüístico significaba para los americanos, sin negar el reconocimiento de su herencia —hecho objetivo indubitable, so pena de ingenuidad o de anarquía—, la afirmación de una fisonomía propia, ajena al ser hispánico, a lo cual iban aparejados, de suyo, gramáticas y diccionarios regionales. Por eso, si antes Cuervo había considerado improcedente el cultivo de lo diferencial, Alfonso Reyes considerará más tarde que «la conservación del carácter propio no es aquí [en lengua] una postura salvaje de aislacionismo [...] sino una garantía de plena amistad internacional»,<sup>54</sup> toda vez que la colaboración supone el aporte de cada uno, una *relación entre iguales*. Tal comprensión no niega, sino completa y magnifica, la «influencia que ejerce el espíritu peninsular».<sup>55</sup>

La fuerza excesiva de lo español, ante la cual nos sentíamos disminuidos, no caería *de facto* con las independencias, ni por decreto de los gobiernos de los pueblos libres. Mientras estemos reclamando derechos de igualdad, será porque no nos sentimos iguales. De otro lado, dar personalidad propia, nacional, a la lengua, no significaba desnaturalizar, ni desunir.

Para unos y otros, valdría el aserto de Henríquez Ureña: «Todo aislamiento es ilusorio».<sup>56</sup> En cambio, si tenemos en cuenta que el modelo que predomina suele ser el de los más fuertes en economía y en política, eso justifica el que hayamos alguna vez soñado ser en Cuba, parafraseando a Félix Varela, tan isla en lo lingüístico como en lo geográfico.

Es evidente que modernismo y 98 significaron una misma época, signada por la renovación, por la búsqueda de una auténtica fisonomía propia. Por haber recogido a un tiempo el legado hispánico y la revolución tanto formal como conceptual de su momento, el modelo de la lengua literaria manó, por una vez, de América, en la obra de José Martí. A partir de ese momento, podrá escamoteársenos a los hispanohablantes de aquí y de allá cuanto se quiera, pero no podría repetirse lo de Valle Inclán, pues cada uno a su modo y medida ha dicho, muy legítimamente, «lo suyo» en castellano.

Ante las puertas de un nuevo 98, quizás otra vez con las urgencias a la puerta, con nuestras identidades vapuleadas por nuevos y fuertes vientos, cabría preguntarse cómo se nos presenta la situación, cómo se manifiesta la influencia del inglés y de la norma madrileña en el español cubano y americano de hoy, qué emplazamientos va tomando cada uno, cómo se reflejan esos fenómenos en el ideal de lengua que se rediseña cada día, qué papel desempeñan en esta cuestión los medios de difusión masiva, etc. La premonición dariana se ha cumplido en mucho respecto

a la lengua de la técnica; los medios de difusión generalizan una norma que puede parecer esterilizante a fuerza de ser reducida.

Es tarea obligada propiciar la reflexión y la toma de conciencia sobre un problema que atañe a la identidad nacional de cada uno de los países de nuestra América, pues la ingenuidad o la imprevisión pueden devenir pecados de apostasía.

No se trata de ningún resabio purista, ni de ninguna intención xenófoba; tampoco ninguna voz está excluida del debate, pero ya advertían nuestros más ilustres hablistas que «lo que en realidad hay en el idioma es un mundo morab».<sup>57</sup> Por ello, cuando se renuncia a identificarse por él, y se copia o se importa cada vez más la lengua que se usa, este vicio «trasciende de la lingüística a la morab».<sup>58</sup>

De otro lado, los depredadores de la lengua están también hacia adentro: en la incultura, y no en la hibridez; en la autocensura, y no en la economía del lenguaje que el pueblo encarece.

La tarea liberadora de hoy, contra los imperialismos reales o potenciales, es tratar de encontrar el modelo propio, aunque nutrido de todas las fuentes, a que nos convocaba José Martí.

## Notas

1. Alfonso Rumazo González, *Comunidad idiomática entre Hispanoamérica y España en el lapso colonial*, UNESCO, La Habana, 1980.
2. Mariano de Vedia, Luciano Abeille, Paul Groussac, Carlos Pellegrini, Ramón C. Linares, *Mirror*, Julio Saavedra con unos y otros matices presentaron la idea, que fue combatida por Unamuno. Este sostenía que en el desarrollo de las lenguas siempre el proceso de integración sería más fuerte que el de dispersión. Para ampliación, véase Amado Alonso, *Castellano, español, idioma nacional*. Aunque más exacerbadas en Argentina y Chile, ideas semejantes movieron a un Alberdi en Montevideo. También por razones de este tipo Juan María Gutiérrez rechazó el nombramiento de académico. Por cierto, este gesto lo interpretó Martí como un acto de rechazo a la politización de esa institución y expresó: Gutiérrez, para no ser traidor, no quiso ser académico.
3. OFINES, «Presente y futuro de la lengua española», *Cultura hispánica*, Madrid, 1964.
4. Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas*, Siglo XIX, UNAM, México, 1957, p. 45.
5. Es interesante destacar que en el listado de académicos mexicanos fundadores, el segundo nombre es el del cubano José María Heredia, a quien Martí llamó «el primer poeta de América».
6. Véase OFINES, ob. cit., pp. 23 y ss.
7. Rafael Torres Quintero, *Caro. Defensor de la integridad del idioma*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1979.
8. Sarmiento veía en Bello descuido del pensamiento en favor de la forma lingüística. En su rechazo a España, el argentino incluía el volver la espalda a las gramáticas y modelos literarios. Sin embargo, ambos coincidieron en la proyección de reformas ortográficas. Al

Marlen Domínguez

respecto, véase Rafael Torres Quintero, *Bello en Colombia*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1981, pp. 8 y ss.

9. Véase Rafael Torres Quintero, *Bello en Colombia*, ob. cit.

10. Rafael Torres Quintero, *Caro. Defensor de la integridad del idioma*, ob. cit.

11. Rufino José Cuervo, *Obras*, t. II, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1987, p. 6.

12. *Ibíd.*

13. José Luis Martínez, «La expresión nacional», *Oasis*, México D. F., 1984, p. 19 y 52.

14. Véase Dolores Gómez Molleda, ed., *Actas del Congreso Internacional Cincuentenario de Unamuno*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1989, p. 523.

15. Varios, *La generación del 98. Antología*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1985, p. 209.

16. *Ibíd.*, p. 210.

17. *Ibíd.*, p. 211.

18. *Ibíd.*, p. 201.

19. *Ibíd.*, p. 204.

20. Miguel de Unamuno y Jugo, *La dignidad humana*, Austral, Buenos Aires, 1949, p. 70.

21. Miguel de Unamuno y Jugo, *Cuenca ibérica (lenguaje y paisaje)*, Séneca, México, 1943, p. 148.

22. Miguel de Unamuno y Jugo, *De esto y de aquello*, Edición Sudamericana, Buenos Aires, t. IV, 1950, p. 461.

23. *Ibíd.*, p. 480.

24. Miguel de Unamuno y Jugo, *La dignidad humana*, ob. cit., p. 57.

25. Miguel de Unamuno y Jugo, *De esto y de aquello*, ob. cit., t. I, p. 492.

26. *Ibíd.*, p. 500.

27. Miguel de Unamuno y Jugo, *La dignidad humana*, ob. cit., p. 125.

28. Miguel de Unamuno y Jugo, *De esto y de aquello*, ob. cit., t. I, p. 492.

29. OFINES, ob. cit., p. 200.

30. Miguel de Unamuno y Jugo, *De esto y de aquello*, ob. cit., t. IV, p. 459. Véase al respecto el artículo de José Martí «El castellano en América» en Marlen Domínguez, *José Martí: ideario lingüístico*, Editorial Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1990.

31. Alfonso Rumazo González, ob. cit.

32. Miguel de Unamuno y Jugo, *De esto y de aquello*, ob. cit., t. IV, p. 578.

33. Véase Dolores Gómez Molleda, ed., ob. cit., pp. 574 y ss.

34. José Martí, «La lengua castellana en América», *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1975, t. XV, pp. 443-46.

35. José Martí, Sección Constante de *La Opinión Nacional*, 17 de abril de 1882, ob. cit., t. XXIII, p. 265.

36. José Martí, «Muestra de un ensayo de diccionario de vocablos indígenas» (*Revista Venezolana*, 1889), ob. cit., t. VII, p. 200.

37. El énfasis es mío (M.D.). Del simple análisis de esos vocablos se colige la intensidad de la preocupación de Heredia. Nicolás Heredia, «El idioma como exponente de las nacionalidades», *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, v. 1, n. 2, La Habana, 1905, p. 109.

38. *Ibíd.*, p. 113.

39. *Ibíd.*, p. 114.

40. *Ibíd.*, p. 121.

41. *Ibíd.*

42. J. Cantarell Dart, *Defendamos nuestro hermoso idioma*, El Ateneo, Buenos Aires, 1944.

43. *Ibíd.*, p. 174.

44. *Ibíd.*, p. 80. Sobre esta cuestión de fronteras —metafóricas o reales— se pronunciará más tarde también Alfonso Reyes, alarmado porque ve «podrirse» la lengua en esas zonas, como si se tratara de un abandono de nuestros valores, en pro del vecino. Reyes lo ve como un sinsentido porque «figurarse que esto nos acerca al vecino es figurarse que renunciando a nuestro nombre de familia somos mejor recibidos en sociedad». Alfonso Reyes, *Ensayos*, Casa de las Américas, La Habana, 1972, p. 205.

45. Pedro Henríquez Ureña, *El libro del idioma*, t. IX, Kapelisz, Buenos Aires, 1930.

46. Véase Enma Speratti, ed., *Obra crítica de Pedro Henríquez Ureña*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 17.

47. *Ibíd.*, p. 21.

48. *Ibíd.*, p. 240.

49. *Ibíd.*, p. 248.

50. *Ibíd.*, p. 448.

51. *Ibíd.*, p. 246.

52. *Ibíd.*

53. *Ibíd.*, p. 251.

54. Alfonso Reyes, ob. cit., p. 194.

55. Véase Enma Speratti, ed., ob. cit., p. 17.

56. *Ibíd.*, p. 249.

57. J. Cantarell Dart, ob. cit., p. 148.

58. Alfonso Reyes, ob. cit., p. 205.

© TEMAS, 1998.